

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO VI.—NUMERO 8

## SUMARIO:

I *El nacimiento de Diana* por Jesús Díaz de León.—II *Líneas* (poesía), por Isaias Gamboa.—III *Breves apuntes sobre la literatura de los Estados Unidos del Norte*, por Mary Elizabeth Springer.—IV *Luz y Sombra* (poesía), por Adolfo Medina G.—V *La Venus de Loreley*, por Ismael G. Fuentes.—VI *Vá de soneto* (poesía), por Sixto Morales.—VII *Tema Universal*, por Griseldo Azul.—VIII *En el comedor* (poesía), por José S. Chocano.—IX *Lucila Gamero Morcada* por Indalecio Zelaya.—X *Ana Rita Trujillo* (poesía), por Román Mayorga Rivas.—XI *Diálogos estudiantiles*, por Sib.—XII *Guadaluara* (poesía), por Carlos G. Amézaga.—XIII *Notas*.—XIV.—Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61

SAN SALVADOR, IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Agosto de 1895.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

## JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D. Alberto Masferrer
1 <sup>er</sup> . Vocal	„ J. Antonio Solórzano.
2 <sup>o</sup> „	„ José María Gomar.
Fiscal	„ Leopoldo A. Rodríguez.
Tesorero	„ Adrián García.
1 <sup>er</sup> . Secretario	„ Isaías Gamboa.
2 <sup>o</sup> „	„ Indalecio Zelaya.

## SOCIO HONORARIO:

Dr. D. Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS:

Br. D. Eusebio Bracamonte.	Br. D. Juan Gomar.
„ „ Doroteo Fonseca.	„ „ Alonso Reyes G.
Dr. „ Francisco Espinal.	Dr. „ Víctor Jerez.
„ „ Fermín Bayona.	

## SOCIOS CORRESPONSALES

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita	Lucila Gamero Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
	María Springer.	„	Rafaela Turcios C.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena	Dr. D.	Rubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.	„	Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.	„	Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.	„	Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.	„	Esteban C. Roque.
„	Anselmo Valdés.	Br.	Juan J. Láinez.
Dr.	Désire Pector.	„	Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.	Dr.	Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.	„	David A. Payés.
„	Enrique Guzmán y Valle.	„	Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézaga.	„	Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.	„	Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.	„	Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.	Br.	Adolfo Castro.
Dr.	Lucio Alvarenga.	Dr.	Jesús Díaz de León.
„	Nicanor Bolet Peraza.	„	Rafael E. Cháves.
„	Celso Briones.	„	Ezio Monjardino.
„	Domingo Martínez Luján.	„	Leonidas Pallares Arteta.
„	José Joaquín Palmi.	„	Ismael Enrique Arciniegas.
„	Sixto Morales.	„	Carlos Fernández Shaw.
„	Nazario Salaverría	Dr.	Francisco Cárdenas Rodríguez.
„	Próspero Calderón	„	Vicente Lines.
		„	J. S. Chocano.
		„	Ricardo Palma.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

*Victor Jerez,*

*Eusebio Bracamonte,*

*Doroteo Fonseca.*

TOMO VI. |

San Salvador, agosto de 1895.

| NUM. 8.

## El nacimiento de Diana.

Las formaciones planetarias en el seno de la masa nebular caótica reproducen en miniatura las grandes formaciones de los sistemas estelares. Así como al rededor de un sol se forman los anillos que servirán para modelar los planetas, éstos una vez constituídos dan lugar al desprendimiento de masas más pequeñas que formarán sus satélites. Éstos siguen animados de un movimiento de circulación alrededor del planeta que los ha producido. El movimiento de los planetas así como el de los satélites, es al principio relativamente lento y con el transcurso de los siglos á medida que avanzan en condensación y llegan á la madurez de su vida cósmica, los períodos de rotación se van acortando debido á su acercamiento al centro de atracción. Tiene pues que llegar la época en que estos cuerpos volverán á reunirse en una masa única que volverá á adquirir su forma primitiva, es decir, una masa nebular caótica.

Las leyendas cosmogónicas que bajo el velo del mito se transmitían en los pueblos primitivos como una enseñanza tradicional y de las cuales han llegado hasta nosotros, algunas alteradas y otros más

ó menos precisas, permiten concordar con los datos actuales de la ciencia algunos hechos que sirven para vislumbrar una verdad sobre el origen de algunos fenómenos.

Veamos á este respecto lo que la tradición cosmológica ilustra á la ciencia en la teoría sobre el origen de nuestro satélite, la Luna.

Los mitos Indostano y Americano dicen que en la época de la inundación general que se extendió por los continentes y obligó á los hombres á refugiarse en las altas montañas, la Luna no brillaba aún en el cielo, sino que estaba todavía en la tierra, donde formando una enorme protuberancia, había sido la causa de la inundación. Se le llamaba Schia, y fue lanzada al cielo por el Dios-Sol para librar á los hombres de la muerte á causa de la inundación general.

El mito Inca dice que Quetzalcoal reinaba en Tulla cuando un poderoso enemigo lo obligó á abandonar su reino haciendo que se refugiase en el continente americano y el reino de Tulla fue trasportado al cielo por el Sol en donde volvió á reinar Quetzalcoal después de su muerte.

Una leyenda de la India dice que la tierra fue al palacio de los dioses á suplicarles que la desembarazaran de su fardo, y que aquéllos produjeron un gran cataclismo pa-

ra quitar á la tierra esa carga que la agobiaba.

Morel Rathsamhausen hace notar que estas tradiciones del Asia y de América se pueden concordar fácilmente haciendo las deducciones siguientes: 1ª Que la inundación de que hablan estas tradiciones es sin duda alguna el diluvio falúnico de los geólogos; 2ª que el fardo de la tierra, el reino de Tulla, Schia, corresponden á la masa lunar antes de su separación de la tierra; 3ª La separación de la masa lunar y su transporte al cielo en una época geológica determinada, después de la inundación falúnica.

Aun bajo el punto de vista histórico estas tradiciones son de una grande importancia, por cuanto á que el mito de Quetzalcoal que dice que emigró á la América á causa de un poderoso enemigo que lo expulsó de su reino, puede interpretarse en el sentido de que la inundación obligó á los habitantes de Tulla á pasar al continente, lo cual es conforme con los datos etnográficos que afirman que los pobladores de las Américas son de origen egipcio ó asiático.

Rathsamhausen lleva el análisis de las tradiciones hasta el grado de restaurar el *continente lunar* colocándolo á igual distancia de las costas de América y del Asia. "El continente desaparecido, dice este oficial de marina, llamado Schia, Tulla, &, &, no es otro según las tradiciones más explícitas, que una artista primitiva del globo terrestre que ha sido proyectada y transformada en satélite de la tierra, en una convulsión general." (Dernière époque géologique.)

En la mitología griega la Luna tiene una triple personalidad que corresponde á las principales fases del mito falúnico en los diversos pueblos. En los bosques es Diana, la cazadora; en los infiernos se

le llama Hecate; Luna ó Febea en el cielo.

Hé aquí cómo interpreta Morel Rathsamhausen esta triple personalidad de la Luna: "Los antiguos colocaban los lugares infernales, dice, debajo de la costra sólida del globo; ahora bien, el continente lunar ha salido de las entrañas de la tierra, de la cual era una sección; por su base pertenece á los infiernos y se llama Hecate; por su superficie es un continente feraz y se llama Diana la cazadora; su exaltación la transforma en diosa del cielo y se llama Febea ó luna. El enigma de la triple divinidad de nuestro satélite recibe, de este modo, su explicación racional."

El estudio de la acción del Sol sobre la nebulosa terrestre condujo á M. Roche á admitir que la formación de la Luna fue debida á una pequeña cantidad de materia abandonada por el grande eje de la masa nebular terrestre; pero con una velocidad tan insuficiente que este satélite vuelve al interior de la nebulosa ya enfriado y sigue una evolución de condensación en su propia masa, circulando en el flúido atmosférico, hasta que su densidad llega al mayor grado y la concentración de la atmósfera lo deja ya libre para separarse de la tierra y continuar sus movimientos independientes.

M. Darwin en su teoría sobre la transformación del movimiento de rotación de un planeta deformado por las mareas, supone que al principio la Tierra y la Luna formaban un solo cuerpo girando alrededor de un centro común y con una velocidad muy grande. La Tierra antes de la formación de la Luna estaba constituida por una masa nebular sólida en parte, flúida y gaseosa en su mayor cantidad haciendo su evolución alrededor del Sol en un período más corto que en el que lo verifica actualmenté

Esta rapidez de rotación determinó, en el elipsoide terrestre, en virtud de la atracción solar, la separación de una masa que vino á constituir nuestro satélite.

Esta teoría tiene un punto vulnerable fundándose en los mismos datos que ofrece M. Darwin sobre el período de la evolución lunar desde su nacimiento hasta su estado actual la cual no puede haberse verificado en menos de 54 millones de años, en tanto que la mayoría de los astrónomos sólo admiten unos 30 millones de años para la formación del sistema solar desde el momento en que la gran nebulosa comenzó su condensación.

Pero haciendo abstracción del tiempo fijado á estas evoluciones y concretándonos á la concordancia de los fenómenos geológicos con las tradiciones míticas, encontramos que éstas adquieren un valor positivo ante los datos científicos que ofrece el estudio de las mareas. "Si nos remontamos en el curso de los siglos, dice Dreyfus, vemos á la Luna más cercana á la tierra siendo su rotación más rápida que hoy; en cierto momento la Luna estaba en contacto con la Tierra; la duración de su revolución no era entonces sino de tres horas; era también la duración del día sideral que es hoy de veinticuatro horas. En este momento la Luna describía alrededor de nuestro planeta, no una elipse como hoy, sino un círculo.

"Si se remonta aun más en la duración, se llega á una época en que la Luna se confundía con la Tierra de la cual se separó después por alguna convulsión violenta. En este momento estos dos cuerpos no formaban sino uno solo, girando sobre sí mismo rápidamente. Era entonces un globo semi-flúido en el cual la rotación producía un aplanamiento tan considerable que la figura elipsoidal debía ser muy

poco estable. La Luna no existiendo aún, las mareas eran producidas solamente por el Sol, y aunque hoy la marea solar sea dos veces y media más débil que la marea lunar, en esa época lejana, el estado flúido y viscoso de la tierra le daba mayor importancia. El globo entero participaba de este movimiento y la velocidad de la ondulación que hacia dar la vuelta en tres horas, determinaba una enorme absorción de fuerza viva. Ahora bien, uno de los efectos de la marea, siendo separar el satélite de su planeta, la Tierra debía estar entonces mucho más cerca del Sol, lo que aumentaba la importancia de estos grandiosos fenómenos. (Dreyfus, L' evolution des mondes et des sotiétés.)

Bastará con lo expuesto para apreciar la relación que hay entre una doctrina que tiene la sanción de la ciencia y la tradición coordinada de diversos pueblos de la antigüedad.

Esto nos prueba una vez más que los mitos no eran sino la personificación de las fuerzas ó de los fenómenos de la naturaleza, cuya explicación escapaba á la inexperiencia y falta de cultura del cerebro primitivo de la humanidad.

DR. JESÚS DÍAZ DE LEÓN.

## Líneas.

Sigue, dolor ¡ah! sigue destrozando  
Este cobarde corazón maldito;  
Hiére ¡más hondo!—y con la sangre brote  
También el germen de los duelos míos.

Venga el buitre voraz, venga, y mi pecho  
Rasgue implacable con su duro pico,  
Clávelo dentro, y de lo más recóndito  
Arránqueme este torcedor impío.

Nieve de la mortal indiferencia,  
 Hielo del desengaño y del olvido,  
 Caed sobre las llamas de este incendio  
 En que se abrasa mi cansado espíritu.

ISAÍAS GAMBOA.

## BREVES APUNTES

SOBRE LA LITERATURA

DE LOS

### ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

El *New-York Herald*, en febrero de 1895, abrió un certamen literario, ofreciendo un premio de diez mil pesos para la mejor novela escrita por autor norte-americano, con las siguientes condiciones: que se habían de someter las obras antes del día primero de julio, y que éstas no llevaran la firma del autor, sino una marca especial para que él pudiese identificar su manuscrito más tarde.

Se cerró el certamen el día primero de julio, y en esa fecha, ya había conseguido el *Herald* más de mil novelas de todas partes de los Estados-Unidos. Un jurado de literatos las juzgará, y la que gane el premio mayor se publicará, en forma de folletín, en el *Herald*, empezando desde el primer domingo de octubre.

Este importante periódico ofreció otros premios: el primero, de tres mil pesos para la mejor novela corta de quince á veinte mil palabras; el segundo, para el mejor cuento, y el tercero para un poema épico, basado sobre algún hecho histórico de la guerra de la independencia.

Estos últimos manuscritos se

han de someter antes del día primero de septiembre.

Muy laudable es, por cierto el objeto de *El Herald* de fomentar las letras, alentando la afición de los norte americanos á ellas, despertando su ambición por este medio.

La literatura norteamericana no es ni ha sido pobre nunca: ya en tiempos coloniales no faltaron escritores, de nota, sobre todo en Nueva Inglaterra. John Eliot tradujo parte de las Sagradas Escrituras al idioma de los indios norte-americanos y fue uno de los primeros escritores de esa época. También Increase y Cotton Mather dejaron sus nombres grabados en los anales coloniales como historiadores y teólogos eminentes.

El autor de más renombre en la literatura americana es Benjamín Franklin, el gran filósofo y sabio, inventor del para-rayos y celebrado por sus descubrimientos científicos en el siglo pasado.

Poco antes de estallar la guerra de la Independencia, descuellan el patriota James Otis, Josiah Quincy, y el famoso orador Patrick Henry. Todos ocupan un distinguido lugar en la historia de los Estados-Unidos.

En el año 1820, la acreditada revista "Edimburg Review" publicó un artículo bastante satírico y mordaz del autor inglés Sidney Smith, en el cual se burlaba de la pobreza de la literatura americana. Como si esto hubiese sido un espólón para estímulo el Pegaso de las musas, apareció poco después en el firmamento literario una brillante pléyade de escritores americanos, cuya fama se extendió por todo el orbe civilizado; de tal manera que tanto los ingleses como otros pueblos, tuvieron que reconocerles su mérito literario.

Antes de esa fecha la joven República se vio agobiada de cui-

dados y afanes, y sólo empleaba su tiempo en consolidarse políticamente.

Después de la guerra de la Independencia, la crisis financiera absorbió toda la atención de los hombres de estado. La guerra del año de 1812 también la trajo sinsabores. Mas, después que se estableció la paz, prosperó la Nación, y entonces se empezó á cultivar las letras con mayor afán—pues sabido es que es indispensable tener paz y sosiego para su cultivo y desarrollo.

En este breve artículo sólo citaremos los más renombrados escritores, como los historiadores Lossing; Bancroft, Prescott y Motley; los novelistas y escritores clásicos Cooper, Washington Irving y Nathaniel Hawthorne; y los poetas Fitz-Greene Halleck, A. P. Willis, E. A. Poe, Longfellow, James Russel Lowell, Whittier, Bryant, Holmes y Emerson.

Citaremos la autora del famoso libro abolicionista *La Cabaña del Tío Tomás*, Mrs. Marriet Beeches Stowe, y las poetisas Mrs. Sigourney, Alice Carey, María Brooks, Mrs. Julia Word Hove, Edna Dean Proctor, y hoy en día Ella Whuler Wilcox.

En la actualidad no hay ningún poeta que llegue á la altura de Longfellow y de Bryant; mas hay muchos de mérito literario, lo mismo que poetas líricos como Steadman Bret Marte, y James Whithcomb Riley, Mark Twain.

Los novelistas, Mavelles y George Cable, gozan de mayor popularidad hoy en día, mientras que Mary Wilkins, Elizabeth Stuart Phelps y Sara Jewelt también conservan su popularidad, y son muy leídas.

Se nos han quedado en el tintero los nombres de muchas eminencias, autores, poetas, literatos y literatas de Norte América, por falta de espacio en este breve artículo, que sólo tiene por objeto el ci-

tar á algunos de los más renombrados.

*Mary Elizabeth Springer.*

New York.

## LUZ Y SOMBRA.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Es fúlgida tu alma, como el día,  
iluminando todo cuanto alcanza,  
llega hasta el alma mía,  
y hace de la esperanza  
una encendida aurora  
que brilla más y más á cada hora.

La mía es una noche  
sin luna y sin estrellas;  
pero la tuya con variantes bellas,  
iluminando de la sombra el broche,  
hace de ella una aurora  
que brilla más y más en cada hora.

Así las sombras y la luz unidas  
forman sobre la tierra  
una sola alma que el misterio encierra  
del amor, en dos almas confundidas  
en una bella aurora,  
que brilla más y más en cada hora.

ADOLFO MEDINA G.

## La Venus de Loreley.

(RECUERDOS DEL RHIN.)

[Para "La Juventud Salvadoreña"]

Un día paseaba á orillas del Rhin,  
del viejo río, patriarca de la brumosa Teutonia; triste, melancólico,  
pensando en las bellezas de nues-

tras hermosas montañas de América, en nuestros ríos, que, llenos de poesía, murmuran á través de las agrestes selvas y guardan para cada uno de nosotros tantos recuerdos, cuentos de brujas y viejas tradiciones; estaba triste; sí, muy triste; pensaba en tí, ¡oh mi linda princesa! y recordaba todos mis sueños de felicidad, y á tu evocación me parecía palpar felicidades imposibles.

De pronto, oí algo así como el rumor de la música salvaje de las frondas, algo como sollozos y gemidos, llenos de ternura y de amor, y una voz triste y pausada que allá adentro, en el fondo del Rhin, cantaba endechas de amor, llenas de melancólica ternura.

La Venus de Loreley lloraba la partida de aquel doncel enamorado que la requebró un día de amores, y que después, cual loca mariposa, dejó á la Venus de Loreley y fuese á besar otra flor aun más rica y perfumada que aquella hermosa flor del Rhin, flor de alabastro.

Venus juró vengarse, y desde entonces, cual mágica sirena, canta y atrae á todo aquel que escucha sus canciones, sus quejas de amor, y le seduce con el derroche de ternuras de su acento.

Me quedé extasiado escuchando aquella música divina que cada vez me atraía aún más al fondo del abismo, como si un poder superior me atrajese á él, y la voz de la sirena aun más tierna dejaba escapar gemidos que arrobaban por completo mi alma, y loco, ciego de amor, pensaba en el mullido lecho de luminosas algas que, allá en el fondo, me guardara el hada gentil, y pensaba en las orquestas de sonoras cornamusas tocadas por tritones, y en ricas perlas, y en los corales que nos traen la felicidad y la fortuna, y, luego pensé en tí, y á tu recuerdo ¡oh virgen de mis

sueños! huyó de mi espíritu, como por encanto, el sueño de la Venus de Loreley.

ISMAEL G. FUENTES.

### VÁ DE SONETO

A PEDRO JOSÉ RADA.

(Para "La Juventud Salvadoreña.")

Vuela la inspiración que todo encierra  
en sus regios tegidos celulares,  
recorre las regiones estelares  
y descubre los antros de la tierra.

Con su espada de luz, nada le aterra,  
rompe el ídolo tosco en los altares,  
tiene el ímpetu grande de los mares  
y forja el rayo en la estridente guerra.

El universo á su poder se inclina,  
en el mundo moral todo lo abarca,  
lo que el hombre no puede, ella domina,

Forma el númen sublime del Petrarca  
y presenta impregnada de ternura  
la estrofa tersa, cristalina, pura.

SIXTO MORALES.

Arequipa.—(Perú).

### TEMA UNIVERSAL.

A\*\*\*

AL BACHILLER PASANTE D. EUSEBIO BRACAMONTE

(Para "La Juventud Salvadoreña.")

Si no fueran tus desdenes, no habría tenido tema para estos renglones.

Me hacen gracia, hermosa, tus mohines, después de que me prodigaste tu cariño, porque he tenido ocasión de ver el anverso y el reverso de la medalla de tu corazón.

Con todo, y para que veas que aun hay algo que palpita dentro de mi pecho, quiero obsequiarte con la elegía de mis infortunados amores.

Por una intuición envidiable que posees, penetraste en mis sentimientos, y cultivaste, hasta cierto punto, mi cariño hacia ti; yo no pude hacer lo mismo, y hé aquí que hoy me abandonas, en la creencia de que hay otro hombre que te hará feliz. Bien hecho.

Mas no creas, bella diosa, que me entregaré á la desesperación: estoy curado de desengaños; me precio de conocer un tanto el corazón femenino.

Tus gracias bastan y sobran para inspirar á un hijo de Apolo, para hacerlo inmortal y darle gloria. Yo seguiré cantándote, hermoso ensueño, y quiera el cielo que mañana vea coronadas mis sienes de laurel.

Hay en tu sér un manantial inagotable de ternura; vas derramando por donde pasa las gracias de un ángel é irradiando la luz apacible de tus virtudes. Pero eres mujer, y por tanto, ciega como el destino.

Hay una Providencia sabia que señala su puesto á cada sér, mediante las leyes eternas que dictara desde la eternidad. Esta Providencia quiere que seas para mí lo que eres: un ángel, un ensueño, una ráfaga luminosa, un suspiro, una flor.....

Y vivirás cantando y riendo, formando coro encantador con las aves de tu jardín; y yo, pobre trovador errante, llamaré alguna vez á las puertas de tu palacio de princesa oriental, y gozaré con los arpegios que emergen de tu garganta marmórea y con los trinos de tus ruiseñores y turpiales, y más que todo, con las miradas de esos ojos azules como el cielo de mi fantasía.

Adiós, bella artista!: púlsa el piano, y olvida con sus melodías nuestros instantes venturosos; mientras yo entono la "*Canción del Arrepentimiento*."

GRISELDO AZUL.

San Salvador—1895.

## En el comedor.

PASCUA DE RESURRECCIÓN.

[Para "La Juventud Salvadoreña"]

Amplio rumor que se dilata en torno  
Hace saltar la nota cristalina  
Del toscó vaso, que el aldeano empina  
Del Carnaval por el feliz retorno....

Es un arado el especial adorno:  
Único que hallar puede la retina;  
Y detrás de una puerta se adivina  
Cadueo, ahumado y ceniciento un horno....

Hoy es Pascua. Hoy del sol al postrer lampo,  
Apura un mismo vaso con su amada  
El labrador, por la salud del campo;  
Y hoy á la cena la Embriaguez asiste  
Danzando al rededor de una colgada  
Ave sin plumas, retorcida y triste....

José S. Chocano.

Lima.

LUCILA GAMERO MONCADA

AL DOCTOR DON SALOMÓN R. ZELAYA

Quisiera poseer la mirada penetrante del crítico, para juzgar cual se debe las producciones ya nume-

rosas de esta simpática escritora; mas, séame permitido, en obsequio de la admiración que me merece su ímproba labor, bosquejar los juicios que me han sugerido sus ameritadas obras.

\*\*\*

No pudiendo sustraerse la escritora hondureña al sentimentalismo propio de su sexo, alcanza sin embargo á dar á sus escritos una seriedad que no es frecuente ver en las obras de la mujer. Escribe casi siempre sobre temas sociales, y al desarrollarlos lleva una tendencia eminentemente moralizadora. Hace resaltar el influjo funesto de los vicios sobre las sociedades, y no es raro ver en el desenlace de sus narraciones, á la virtud vencida y burlada; á los más puros sentimientos, siendo víctimas de las conveniencias sociales y juguetes de una sensatez mal entendida.

No podía haber escogido la señorita Gamero Moncada un filón más rico y de mayor trascendencia: la Sociología, hoy por hoy, es el asunto á que deben dirigirse las miradas de todos los pensadores; ahí están aún por resolverse los problemas más intrincados. Hé aquí la causa de mi admiración por esta laboriosa escritora.

Sólo sí le advierto: que para explotar con provecho el rico filón que ha descubierto, es preciso que siempre, como hasta ahora, el análisis más concienzudo presida á sus trabajos; así nos brindará siempre oro de purísima ley.

I

"*Noche Buena*" es la historia de un niño desaparecido del hogar una noche de Navidad.

Isabel, su hermana, al cabo de seis años del suceso, estaba triste mientras sus padres se divertían

en un festín, y cree aliviar el pesar que le agrava el recuerdo de aquella noche trágica, practicando una buena acción; y huyendo del baile, sale acompañada de su amiga Emma y de un sirviente, se dirige á los barrios más miserables de la ciudad á dar limosna á los pobres; y encuentra el premio de su bondad, en el hallazgo inesperado del niño.

Cediendo á los impulsos de la imaginación, que generalmente tiende á lo maravilloso y sobrenatural, pero atribuyendo siempre á una causa todos los fenómenos que observamos, sólo podemos darle al desenlace de *Noche Buena*, la causa misteriosa pero cierta, de la Providencia justiciera y protectora salvando del infortunio al pequeño Gustavo y premiando el buen corazón de Isabel.

Vemos también en este precioso cuadro, que la virtud puede anidar en el pecho del opulento como en el del harapiento mendigo.

II

"*Historia de un amor*" es la imagen del drama de la vida.

Leopoldo, joven virtuoso pero pobre, ama á Gabriela y es correspondido, mas la familia de la joven prefiere los doblones del millonario Mr. Mead al verdadero amor de Leopoldo. Éste se deja abatir por la que cree su desgracia, y muere de pesar. Luisa le sobrevive, pero arrastrando una existencia llena de amargura, y permanece fiel al juramento que diera á su amado Leopoldo.

\*\*\*

Morir de pesar cuando se es correspondido de una linda mujer, no puede acontecer más que á un joven neurótico (?), impotente para luchar. Tras el ceño adusto de

Mr. Mead recibiría siempre Leopoldo el beso de la dulce sonrisa de Gabriela, quien hubiera dado al millonario su mano mas no su corazón.

Aunque parezca impropio, yo sostengo: que cuando la sociedad exige lo monstruoso, hay que brindárselo.

Cuando se opone un dique al torrente, éste se desborda; y no extrañéis ¡oh sociedad! que cosechéis espinas donde habéis sembrado la ortiga.

Por otra parte, no es dable imaginar hasta dónde es posible *reglamentar* la pasión y el amor filial.

Están aún por conciliarse la Moral, que descansa en principios eternos, con el ciego egoísmo.

El padre de familia que cree asegurar el porvenir de su hija uniéndola con un rico, procede hasta cierto punto con cordura; el hermano que, sustrayéndose al romanticismo, se opone á que su hermana se case por amor con un joven pobre. . . . no va muy descaminado, pues es posible que la miseria arroje al más virtuoso hasta el abismo del crimen, y la que antes, ciega por el amor, se unió á tal hombre, se torna en una desgraciada.

Me inclino á creer que la sociedad, á medida que avanza en su perfeccionamiento, tiende cada vez más á desterrar los sentimientos y sustituirlos por las conveniencias de la vida práctica.

Leopoldo es desgraciado, porque busca lo imposible; cree que su alma puede alimentarse del amor de una *única* mujer; es desgraciado, porque no tuvo energía para luchar, porque cree que puede haber amor eterno. . . . y su débil naturaleza no conoce el mal. Yo, de mujer, al saber su muerte, habría exclamado: "*¡no era digno de mí!*"

Quédese la pasión ardiente para aquellos cerebros enfermizos que

han aprendido á amar en las novelas. Quédese el llanto para los amantes platónicos nunca correspondidos. Suicídese el incapaz de una buena acción, el que es indigno de vivir. Quédense los suspiros para los que buscan en los desventurados amores *motivos* para sus insustanciales productos literarios.

### III

En "*Un Carácter*" están retratadas todas las pasiones que anidan en el corazón de la mujer: el amor, los celos, el orgullo, el egoísmo; sobre todo, el verdadero amor: Amelia Gámez posee un alma hechicera, adornada por el conjunto encantador de sus pasiones nobles. El asunto sólo podía ser desarrollado tan valientemente, por quien, como Lucila Gamero, ha penetrado en los arcanos del corazón femenino.

### IV

"*Un suicida*" es una tragedia en que el vicio decide de la suerte de un joven. Jorge ama á una bella, de quien ignora si es correspondido: se entrega al juego, pierde su fortuna y también á su amada en una partida con su rival. Después recibe un billete de ella en el que le declara su pasión, y. . . . ya no puede amarla! Resuelve suicidarse, y el mismo día se da la muerte.

A mi juicio, Jorge después de este percance, y pensando como pensaba, de tan extraña manera, no pudo haber hecho cosa mejor que pegarse un tiro, puesto que juzgaba más inmoral faltar á su palabra de tahir que el suicidarse.

"*Un suicida*" es la historia de un joven enloquecido por el vicio.

Lucila ha creado un tipo bastante raro; ha probado una vez más, que tiene brillante imaginación.

En cuanto á mí, soy de parecer que habría deseado mejor ver á

Jorge en brazos de su amada después de haber estrangulado á su rival, que rígido y pálido en su lecho de muerte empuñando aún el arma fatal; que.....todo se puede hacer en cambio del amor de una mujer.

Con todo, sienta bien al *doctor Gamero Moncada* ese estilo varonil de que usa en la narración; el contraste está bien sostenido durante todo el relato, formando un cuadro perfecto. Ha demostrado de cuánto es capaz su poderosa fantasía.

## V

Ya que por fuerza, hemos de buscar en la *realidad* la causa de todas las cosas, siendo además, indispensable á las exigencias del arte dar bellas formas á nuestras ideas, debemos tomar también de la *realidad* los adornos que necesitamos. Para esto, tenemos la belleza de los sentimientos, en lo subjetivo; la forma y el paisaje en lo plástico; la armonía de la expresión y la verdad de los pensamientos como satisfacción plena de la conciencia.

Lucila Gamero pone al servicio de la causa social su pluma exquisita, y, espíritu investigador, busca en el documento humano el tema de sus creaciones; en una palabra, realiza el bello ideal del arte. Su musa inspiradora es la "*Musa reflexiva*" que seduce á nuestro eximio Gavidia.

\*\*\*

En *Los Cementerios*, se ve al filósofo que en brazos de la melancolía, rinde culto al triste fin de la humanidad: su plectro arranca notas magestuosas que se reflejan en el follaje del "ciprés piramidal" y se mezclan á los ecos solemnes que lanza la campana al toque de oración.

\*\*\*

Y sobre todo, Lucila posee un

bello corazón. Vierte en sus escritos la ternura y el fuego de un alma joven, ardiente y pensadora. Sus palabras irradian luz y virtud, y se desbordan como los límpidos cristales del manantial apacible que brota de las agrestes montañas de su patria, y corre por el prado y baña el blanco lirio que embalsama el ambiente con su esencia inmortal.

I. ZELAYA.

San Salvador, 1895.

---

ANA RITA TRUJILLO.

(En New-York.)

---

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Estaba el cielo gris, y descendía silenciosa la nieve. El viento alado al rozar la vidriera, atribulado en lágrimas el hielo deshacía.

En la brillante estufa el fuego ardía como en magno incensario. Aunque velado se sentía allí á Dios en el callado hogar en que la virgen se moría.

Ese hogar era templo. Altar de flores el lecho fue de la cubana muerta; oficiaron en él santos amores, y el paterno dolor halló consuelo, pues vió que á los proscritos está abierta siempre la entrada de una patria, el cielo!

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

1894.

## DIALOGOS ESTUDIANTILES.

ESCRITOS A LA MODA DE ANTAÑO

(Para "La Juventud Salvadoreña")

## I

EN EL PARQUE DE BOLÍVAR.

*Perdere verba leve est.*EVELIO.—*Dic mihi quota hora sit.*

RADULFO.—Pocos minutos después de las siete.—Siéntate: cuando principie á tocar la banda daremos una vuelta. ¿Has visto á Filano?

EVELIO.—Supongo que ha de estar en la barbería del maestro Serafín, porque no hay tarde de Dios que no vaya allí á que le limpien la cara y le ensortijen el pelo.

RADULFO.—Qué cambio tan repentino y radical ha sufrido nuestro amigo! Antes era un filósofo en todo y para todo, y hoy es un refinado pisaverde! Yo creo que está enamorado.

EVELIO.—Lo mismo sospecho yo, porque de otro modo sería inexplicable la manía que le ha acometido de andar con *masuchitos* de flores en el ojal de la levita.

RADULFO.—Por qué dices que sería inexplicable?

EVELIO.—Porque, según reza el proverbio, *ferentes flores, aut stulti, aut amatores*, y como el primer término de esa disyuntiva no es aplicable á Filano, se deduce que lo segundo es lo verdadero.RADULFO.—Tienes razón. Yo juraría que está chichizveando á una de las hijas de *Tata Nicho Colucho*; aquella *chelita*, como de diez y seis abriles que vimos ayer en San Jacinto con las Villalpando. Es muy bonita y muy simpática, y, según me ha contado Agatocles Roldán, que visita diariamente la casa de *Tata Nicho*, es también una señorita muy virtuosa, inteligente y

amable; pero se me figura que va á darle calabazas al pobrecito de Filano, quien, no obstante su indiscutible talento, ilustración y noble carácter, hace pésima figura en la sociedad, por falta de roce, y, además, es muy feo y muy pelado.

EVELIO.—No me causaría estrañeza alguna que la Colochito prefiriera un remilgado hortera á un muchacho tan apreciable como Filano.

RADULFO.—La generalidad de las pollitas rinden parias á la "adorable impertinencia" de los petimetres de catorce quilates, y desdennan la modestia característica de los jóvenes de verdadero mérito.

EVELIO.—*Ecce Filanus.*

FILANO.—¡¡Salud!!

EVELIO.—*Lupus est in fabula.* (1)

RADULFO.—Qué galán te dejó el Fígaro!

FILANO.—No te burles de mí. Con que no quería yo pagarle porque me dejó muy feo.

EVELIO.—*Mirror quid in mentem Filano venerit!* Pretendes que el maestro Serafín sea émulo de Santa Rita? Acuérdate de aquel pasaje de Juvenal en que éste se burla de una *chica* vanidosa, para la cual Piecas, una de sus *psecades*, era la culpable de no estar aquélla contenta con las narices que natura le había dado:*... Quænan est hïc culpa puellæ  
Si tibi displicuit nasus.*

FILANO.—Mi disgusto proviene de lo mal pelado y peor rasurado que me dejó el maestro; no pretendo que haga éste milagros, ni lo busqué para que por medio de una operación rinoplástica me hiciera poseedor de una nariz greco-romana. Fuiste hoy á clase, Evelio? De qué se trató?

(1) Equivale al refrán: "en mentando el Rey de Roma, él que se asoma."

EVELIO.—Si fuí; se trató de la pena de muerte.

FILANO.—Si algún día llegara yo á formar parte del Cuerpo Legislativo, trabajaría con empeño á fin de que fueran abolidas esa y otras penas harto severas é incompatibles con la habilidad de los jueces.

Escrupulosas y repetidas experiencias han demostrado que en gran número de casos el monto de la culpa verdadera es una pequeña fracción de la culpa aparente, á causa de la concurrencia de poderosos atenuantes, y como no hay regla fija y segura para determinar en la práctica la relación que existe entre ambas, la humanidad exige que la balanza de Témis se incline en pró de la clemencia. Yo estoy porque *boni pastoris est tondere pecus, non deglubere*.

EVELIO.—Puros "deliquios de amor social": yo me adhiero á la opinión de Público Siro: *qui dubitat ulcisci, improbos plures facit, y bonis nocet, quisquis pepercerit malis*.

RADULFO.—Y, como dice el doctor Zaragate, no hay que buscar la liebre de Escarpanto, porque se corre peligro de que se repita lo que le pasó á Glauco con sus yeguas.

FILANO.—La argumentación de ustedes no hiere la cuestión: no pretendo que se absuelva al reo culpable, sino que, siendo muy difícil apreciar el verdadero grado de criminalidad que le es imputable, el Juez debe ser más benigno que severo, conforme al viejo apotegma jurídico: *odia restringere, favores ampliare*.

El malvado, tarde ó temprano, recibe su condigno castigo: siempre están listas las *Ybyci grues*.

RADULFO.—Que bueno estaría Filano para gobernar el *optimo republica statu in nova insula Utopia*.

FILANO.—Y tu para presidir el Santo Oficio.

La clemencia, Evelio, es la mas excelsa de las virtudes, y, en mi concepto, es independiente, por no decir incompatible, de todo sistema religioso. En la parte final de la defensa que pronunció Cicerón en favor de Quinto Ligario, hizo ese ilustre abogado un oportuno y admirable elogio de la piedad, para captarse la benevolencia de César en favor del acusado. *Homines enim ad deos nulla re propius accedunt, quam salutem hominibus dando. Nihil habet nec fortuna tua majus, quam ut possis, nec natura tua melius, quam ut velis conservare quamplurimos*.

EVELIO.—Me complace reconocer que tienes un corazón de palma; mas ten presente que, como enseña el P. Balmes, la demasiada delicadeza de sentimiento no es sinónimo de su perfección, y mucho menos de su moralidad. Conozco personas que se desmayan viendo sacar una muela, y que, sin escrúpulo ninguno, tienden lazos á la inocencia de una impúber y se glorían de tener amores con una muger casada.

.....  
¿Y bién, qué saben Uds. de nuevo?

FILANO.—*Rien du tout*.

RADULFO.—Yo sí les tengo una fausta é importantísima noticia, que nos atañe muy de cerca.

FILANO.—"¿Que el alcalde de Fuenterrabía, Y el cronista de Mazarambroz, Suelen siempre, de noche ó de día, Comer con cuchara la sopa de arroz?"

RADULFO.—No es broma, y me nos bernardina.

EVELIO.—Escúpela pronto, pues.

RADULFO.—Es que á partir de mañana, sábado 22 de Junio, tendremos tres días de fiesta consecutivos.

FILANO.—Cabal! el sábado 22, fiesta nacional establecida *de facto*, en tiempo del General Menéndez;

el domingo, 23, y el lunes, que es el día de San Juan Bautista, y de San Juan Terrestes.

EVELIO.—Junio es el mes de los Juanes: le corresponden 9 de los 65 bienaventurados de ese nombre: ayer fue el día de San Juan de Matera, y pasado mañana será el de otro de ellos, presbítero y mártir, en Roma.

La fiesta del Bautista, primo y discípulo predilecto de Jesús, y Santo de tan encumbrada categoría que la Iglesia, en una de sus preces, dice, hablando de él: *inter natos mulierum non surrexit major*, era antes, (digo la fiesta) muy alegre: en la noche de ese día se encendían las famosas hogueras, en conmemoración de un incendio que sufrió Roma, no recuerdo que año, pero sí que fue hacia el solsticio de verano, y que habla de ese hecho Plutarco; si bien otros hacen remontar el origen de tales hogueras á una época mucho más remota. Esa misma noche es la consagrada para ir á *coger la ver-bena*.

FILANO.—Y los moros, que dicen que Zacarías y San Juan, su hijo, eran sus paisanos, celebran también, y muy ruidosamente, esa fiesta, á la que llaman *Alantara*.

Esta vez va á ser doblemente alegre, porque el 24 de este cae también el día de año nuevo del 1313 de la Hegira, y con ese motivo los musulmanes celebran en ese día su *aid-el-Riachab*.

RADULFO.—Y los masones *urbis et orbis* festejan así mismo al Bautista, según le oí decir á uno de ellos el otro día.

FILANO.—Tu, Evelio, que eres tan curioso, has de saber cual es el origen de la costumbre de *jalar pato* en los días de San Juan, de San Pedro y San Pablo y de Santiago.

EVELIO.—No recuerdo donde leí que nada tiene que ver con San

Juan esa costumbre, sino con la fecha. Cuentan que cuando los romanos se hicieron señores de los galos, estos contaban á los gansos entre sus dioses, por lo que aquellos, para escarnecer á los vencidos, degollaban unos cuantos de esos animales, en público y en son de fiesta, el día del solsticio de verano, que era el de la fiesta principal de los galos. En cuanto á los otros días en que se *jala pato*, creo que por puro gusto se ha hecho extensiva á ellos la costumbre.

Una cosa si me llama la atención, y es que el mes *hecatomboene* de los atenienses, era el 7º del calendario de los boecios, quienes lo denominaban *hipodromon*, nombre que significa "carrera de caballo", y correspondía á nuestro mes de Junio.

RADULFO.—El otro día estábamos buscando, Prisco Belido y yo, la etimología de la voz *pato* pero se nos trabaron las carretas: yo sostenía que se deriva del latín *patulus*, "ancho, abierto", aludiendo á la facha del ansarón, y Belido, que proviene del griego *patos*, "sufrimiento, desgracia, aflicción", y que por eso decimos "sacarse ó pagar el pato", por sufrir la pena ó castigo que otro merece.

FILANO.—Se deriva de *bat* ó *batta*, nombre que daban los sarracenos á dicho animal, según el *vocabulista arábigo en letra castellana* de Fray Pedro de Alcalá.

EVELIO.—*Bat* en quiché significa "podrirse", y ustedes saben que la carne de los patos se enrancia muy pronto, lo mismo que la de los lechoncitos, pues, como dice el refrán, *el pato y el lechón, del cuchillo al asador*.

FILANO.—Lo que es por medio del quiché se encuentra la etimología del mismísimo lucero del alba: así en el presente caso, podría descomponerse la voz *bat* en dos raíces pertenecientes á ese idioma:

be = "cominar", y at = "agua"; de modo que be + at = "anda en el agua."

EVELIO.—*Vexilia regis prodeunt!* ahí vienen las hijas de Tata Nicho! Qué guapa está Frida!

RADULFO.—Mira, Evelio, que ojos tan negros y tan expresivos tiené.

EVELIO.—Admirables, mas por desgracia, creyendo ella mejorarlos, se echa unos polvos negros que le dan un aspecto extraño, de solterona de treinta primaveras.

FILANO.—Es la hermana mayor de Frida la que dirige los trabajos de tocador en casa de Tata Nicho.

RADULFO.—Ya no hallan que inventar las mujeres para seducir á los hombres.

EVELIO.—No es tan nueva que digamos la invención de ese artificio: hace más de diez y seis siglos que el gran doctor de la Iglesia Quinto Septimio Tertuliano habló de esa detestable costumbre: *nigrum pulverem, quo exordia oculorum producuntur.*

RADULFO.—El tocador de las jóvenes elegantes, y sobre todo el de las jamonas de la *high life*, debe ser un verdadero laboratorio químico y un museo de postizos, pelucas y rellenos.

EVELIO.—Y un tribunal en que se discuten los problemas relativos á la moda, al buen gusto y á la belleza, con ese mismo ilustrado criterio y concienzudo estudio con que ventilan los padres de la patria los grandes problemas sociales relativos á la erección de nuevos villorrios y á la concesión de pensiones *causa mortis*.

FILANO.—*In concilio matrona* se analiza la conveniencia de un afo llado con el mismo interés y gravedad con que se trataba en el areópago ateniense sobre la vida ú honor de un hombre:

.....*Tanquam famæ discrimen agatur aut animæ,*

dice Décimo Junio Juvenal.

Un Potosí daría yo por oír á Frida disertando sobre asuntos de estética, y por verla con un blanco y ligero desabillé, trenzando su negra cabellera.

EVELIO.—Quieres tu verla tal como Claudiano representa á Venus en su tocador, sentada en una silla resplandeciente, rodeada de las gracias y ocupada en arreglar el peinado:

*Coæsariem tum forte Venus subnixa corusco*

*Fingebat sobio.*

RADULFO.—Cómo se llama la hermana de Frida?

FILANO.—Ofelia.

RADULFO.—No me parece tan bonita y elegante como Frida, y, á juzgar por los trajes hartos *descotados* y estrechos que Ofelia lleva á los bailes, no tiene tampoco ese esquisito pudor que respira cuanto Frida hace y dice.

FILANO.—Roldán me refirió que una de las muchas noches que va él donde las Colocho, alcanzó á oír á Frida haciendo severas observaciones á Ofelia respecto al modo de vestir de ésta.

EVELIO.—Hay vestidos femeniles que, en vez de cubrir, ponen de relieve ciertas formas que la desencia exige y la conveniencia aconseja que las mujeres recaten de las miradas de los hombres. Séneca, hablando de los vestidos asaz diáfanos que usaban algunas jóvenes romanas de su tiempo, dice que estas iban enseñando en público lo que aún una esposa infiel no se atrevería á mostrar sin reserva, y en secreto, á su amante: *Ut matrone ne adulteris quidem plus suis incubilo, quam in publico ostendant.*

RADULFO.—Dínos francamente, Filano, amas á Frida?

FILANO.—*Qate nu qatouit pom,* y

no sé decir si lo que siento por ella es amor, ó simplemente una viva simpatía. (1)

RADULFO.—Que te examine Evelio y nos dirá si estás ó no enamorado.

EVELIO.—Bueno. ¿Sueñas con ella?

FILANO.—Sí.

EVELIO.—Piensas en ella durante el día?

FILANO.—A toda hora.

EVELIO.—Qué sientes cuando oyes que alguien la mienta?

FILANO.—Se conmueve todo mi ser.

EVELIO.—Y en su presencia?

FILANO.—Tiemblo, me zumban los oídos, me baño en sudor y apenas puedo balbucear unos cuantos disparates.

RADULFO.—Con esos datos ya puedes formular el diagnóstico y extender la receta.

EVELIO.—Sí: según un sabio aforismo de Cátulo, los síntomas que presenta Filano son los prodrómicos de una *erotitis* aguda y mortal.

FILANO.—A cual aforismo te refieres?

EVELIO.—Es la estrofa tercera de la bellísima imitación de la oda *Eis eromenen* de Safo:

*Lingua sed torpet: tenuis sub artus  
Flamma dimanat: sonitu suopte  
Tintinat aures: gemina teguntur  
Lumina nocte.*

RADULFO.—Por lo que alcanzo á entender de ese latinazo, Cátulo se limita á hablar de la parte patológica, sin indicar la prescripción terapèutica correspondiente: si quieres curarte consulta los *Remedios del amor*, de Ovidio.

FILANO.—La oda de Safo á que aludes ha servido de materia prima para numerosas composiciones de poetas modernos: Boileau la puso en hermosos versos franceses en la traducción que publicó del

tratado de "Lo Sublime", de Longino; Delille; de Guerle, Firmin Didos, Ambrosio Philips, Saverio de Rogati, & &, la han imitado. Este último expresa así el pensamiento contenido en la estrofa que citaste:

Tenta la lingua invano  
D' articular parola  
Corre un ardore insano  
Di vena in vena al cor.  
Un denso velo il giorno  
Alle mie luci invola;  
Odo confuso intorno  
Ma non so qual, rumor.

RADULFO.—Aparte toda broma, yo felicito cordialmente á Filano por su delicado gusto, y si logra que la chica le corresponda disfrutará de muy buenos ratos de solaz. Que opinas, tu Evelio?

EVELIO.—Si por pura *guasa* hace Filano el amor á la Colochito, hace muy bien, porque tiene perfecto derecho, mejor dicho, necesita divertirse, pues, como aconseja Fedro, *ludus animo debet aliquando dari*; pero si de veras está flechado, no le arriando las ganancias, No hay que hacerse ilusiones: en la carrera del amor se cosechan, por un placer mil sinsabores, según lo enseña Propercio:

*Et levibus curis magna perire bono.*

RADULFO.—Pero, verdad que es muy *chula*?

EVELIO.—Nunca la he hablado, ni siquiera conozco el timbre de su voz, pero me parece una hembra *prima inter parés*; de ella si que puede decirse, al verla tan bella, gentil y esbelta, y con un semblante en que se refleja un tesoro de bondad, lo que Virgilio dice de la madre de Eneas:

*Et vera incessu patuit dea.*

RADULFO.—Agatocles se hace lenguas hablando del talento de Frida; refiere una multitud de chispeantes ocurrencias de ella, que, si son originales, hablan muy alto en su favor.

(1) Es frase quiché, equivalente á "es la primera vez que quemó incienso."

FILANO.—Yo les confieso á ustedes que cuando principié á visitar la casa de Tata Nicho, me formé un triste concepto de la inteligencia de Frida, engañado por su modestia y silencio, porque es de advertir que, por una parte, es poco expansiva con los extraños siendo necesario frecuentar bastante la casa é inspirarle confianza, para gozar oyendo sus peregrinas ocurrencias, y, por otra, que su hermana Ofelia, á fuer de mayor, monopoliza cuantas veces puede la conversación y no deja hablar á Frida. Además, tiene ésta una frentecita, aunque muy linda, bastante pequeña, que me pareció incompatible con una elevada inteligencia. Así es que Frida era para mí uno de los numerosos ejemplares de la *personam tragicam* que vió Fedro.

RADULFO.—Un ente infausto, como quien no dice nada! Vaya un criterio estrambótico!

FILANO.—Infaustas son tus entendederas.

EVELIO.—Desde luego comprendo que Filano no quiso decir que Frida era para él un personaje trágico, sino que aludía á la moraleja de una de las más ingeniosas fábulas del liberto traciáno; mas, á la verdad, no participo de las ideas frenológicas de nuestro colega: eso de creer que el talento es privilegio esclusivo de las personas que ostentan un estenso frontal, y á *fortiori* de los calvos, no pasa de ser una vulgaridad, que ha inducido á muchos necios á usar depilatorios para parecer sabios. Melecio en su tratado *De la naturaleza del hombre* dice: *Parva vero ac modica fronte ingenii acumine præditos, et ad dicendum propensor opinati sunt.*

En cuanto á si es ó no *venusta* una frente chiquita, es cuestión pasada en autoridad de cosa juzgada por los maestros del buen

gusto. Horacio, el poeta lírico por excelencia, dice de una de sus heroínas:

*Insignem tenui fronte Lycorida,*  
y Petronio, que mereció por sus admirables dotes para la estética, que Tácito los llamase *elegantia arbiter*, dice de una de sus bellas: *frons minima, de qua apices capillorum retroflexerat.*

RADULFO.—Tan es así, que hoy por hoy las damiselas, ya no con un fleco de rizos, sino con una informe maraña de pelos, cubren los nueve décimos de sus respectivas frentes, y los mequetrefes de alto coturno se calan el *chapeau* hasta los ojos. Lo que soy yo procuro que el borde inferior del casco de la *charra* me divida la ceja izquierda en media y extrema razón.

FILANO.—Arnobio refiere que las damas romanas estaban tan convencidas de la belleza de una frente pequeña que se liaban una cinta en torno de las sienes por vía de adorno, y el picaron de Marcial dice á este respecto:

*Frons brevis, atque modus breviter sit naribus unciis*  
*Præstantis rubeant amula labra rosis.*

RADULFO.—Y te corresponde Frida, querido Filano?

FILANO.—No me he declarado todavía, pero sí comprende ella muy bien que la amo con toda mi alma. Lo malo es que la vieja, doña Radegunda, me hace la guerra: Roldán, que tiene amores con Ofelia, me ha contado que esta le refirió que el domingo pasado, poco después de haber regresado las Colocho del teatro, donde estuve haciendo la corte á Frida, la mamá regañó largamente á la pobrecita, y que, entre otras cosas, la dijo y repitió que era una tontera que me hiciera caso, porque yo no podría casarme tan joven, sin carrera y pelado.

EVELIO.—No carece de razón do-

ña Radegunda: acuérdate que *sine Cerere et Baccho, friget Venus*.

FILANO.—No desconozco la importancia capital del dinero, *res augustadomi* pero Frida solo tiene diez y seis años; yo me recibiré el 97, y calculo que podré casarme uno ó dos años después, época en que ella aun no contará arriba de cuatro lustros.

RADULFO.—Demos unas vueltas antes de que concluya la retreta.

EVELIO.—Vamos.

FILANO.—Con mucho gusto.

SIB.

## Guadalajara.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Cuánto eres bella, *Guadalajara!*  
¡Cuánto á mi patria tú me recuerdas,  
de un cielo puro con la alegría,  
con tus mansiones limpias, coquetas,  
con el aroma de tus jardines,  
con tus hermosas de faz risueña,  
flexible talle, pies diminutos  
y ojos brillantes como candela!

Allá, muy lejos, cerca á los *Andes*,  
sobre una falda que la mar besa,  
*Lima*, tu hermana por la hermosura,  
sus atavíos luce de reina.

Cuánto eres bella, *Guadalajara!*  
Cuánto esa *Lima* tú me recuerdas!  
De mis dolores es lenitivo  
el perfumado viento que orea  
calles y plazas que á la memoria  
traen las muslimes viejas leyendas.  
Por todos lados, altas mezquitas  
miro en las torres de las iglesias.  
La verde fronda de tus naranjos  
en que mil frutos amarillean,  
juzgo cuidada para delicia

de los que adoran al *Gran Profeta*.  
Veo palacios de granadinos  
tras blancos muros y fuertes rejas;  
y oigo canciones enamoradas  
de guzlas moras que á compás suenan  
en el misterio de las estancias  
donde reposan con indolencia  
sobre cojines de seda y oro,  
sueeltas al aire las cabelleras,  
preciosas damas á las que, humildes,  
ven de rodillas esclavas negras . . .

Cuánto eres bella, *Guadalajara!*  
La poesía que tú conservas  
no es de este siglo ni de los hombres  
que desconocen á los poetas.

El sol pagano que doró un día  
con sus efluvios la hispana tierra,  
dejó en ti un rayo que, mortecino,  
copia la extinta sin par belleza  
de todo un pueblo grande en las artes,  
grande en amores, grande en la guerra,  
y que luchando desesperado,  
ganó la palma de las leyendas.

.....  
Viajero triste, me he detenido,  
ciudad extraña, junto á tus puertas,  
y he fantaseado con la memoria  
de otras costumbres y de otras épocas.  
*Lima* es tu hermana por la hermosura,  
*Lima*, tu propia sombra refleja.  
De la africana planta perdida,  
sois brotes que abren al sol de América,  
y dais perfume, dais poesía  
de aquella estirpe grande en la guerra,  
grande en las artes, grande en amores,  
y que luchando por el *Profeta*,  
en nueve siglos dentro de España,  
ganó la palma de las leyendas . . . . .

CARLOS G. AMÉZAGA.

Guadalajara de México.

## NOTAS.

## LAS EXEQUIAS

DEL

## NATURALISMO.

En más de una ocasión hemos llamado la atención de nuestros lectores, hacia el movimiento de reculada que Emilio Zola se ha visto forzado á ejecutar, en su calidad de porta-estandarte del sistema literario conocido con el nombre de Naturalismo, teniendo que declarar, como ha declarado, que hacen bien los jóvenes escritores que vienen á abrir los horizontes al ideal, cerrados por él con su obstinación de sectario.

Para que se vea más patente esa evolución del Maestro, damos en el presente número una traducción fidelísima é íntegra del elocuente discurso que él pronunció en el banquete de los estudiantes, celebrado en el corriente año; pieza admirable de habilidad y de belleza artística, pero al fin, obra de capitulación palmaria; grandiosa sacudida del coloso vencido.

Y para que se oiga en toda su pujanza el grito victorioso de la juventud idealista; para que se contemple el espectáculo magnífico de dos soles sobre opuestos horizontes: el uno hundiéndose en su ocaso de gloriosa púrpura, el otro elevándose entre las plateadas vaguedades del firmamento, damos también en otro lugar del presente número, una traducción de la brillante carta que un joven estudiante dirigió á Monsieur Zola en contestación á su discurso.

A LA JUVENTUD.

SEÑORES!

Es un grandísimo honor y un grandísimo placer el que me ha-

céis al esco me para presidir este banquete anual. La Juventud! No hay mejor, ni más seductora compañía, ni hay, sobre todo, auditorio más simpático y ante el cual el corazón se abra más ampliamente, por el deseo de ser amado y comprendido.

Héme aquí que llego á una edad ¡ay! en que el pesar de no ser ya joven se experimenta, en que se siente el empuje de los jóvenes que suben detrás de uno. Son ellos los que van á continuarnos y á juzgarnos: escucho en ellos nacer el porvenir y me pregunto á veces, con cierta ansiedad qué será lo que ellos rechazarán ó guardarán de nosotros; lo que será nuestra obra en sus manos; pues ésta no puede ser sino para ellos definitivamente y no vivirá si no la aceptan para desarrollarla más y acabarla. Y es por esto por lo que yo sigo con pasión el movimiento de las ideas en la juventud contemporánea, leyendo los periódicos y las revistas avanzadas, y trato de estar al corriente del espíritu nuevo que anima nuestras escuelas, esforzándome, en fin, en saber á dónde vais vosotros todos, vosotros, la inteligencia y la voluntad de mañana.

Ciertamente, señores, hay en ello egoísmo... y no lo disimularé. Me parezco al obrero que termina la casa en que piensa cobijar su vejez, y que se inquieta por el tiempo que vendrá. ¿La lluvia le dañará los muros? ¿Si el viento sopla del Norte, no le arrancará su techo? Y sobre todo, ¿ha construído con bastante solidez para resistir á la tempestad; no ha desperdiciado los materiales resistentes, ni las horas de ruda labor? No es que yo crea las obras eternas y decisivas. Las más grandes deben conformarse á no vivir sino un instante en el movimiento perpetuo del espíritu humano. ¡Cuán

bello sería, siquiera por un momento, haber sido el porta-estandarte de una generación! Y pues que no se fija una literatura, ya que todo evoluciona sin cesar y que todo recomienza, fuerza es acostumbrarnos á ver nacer y crecer los menores que nos reemplazarán, que borrarán quizá hasta nuestro recuerdo. No digo que el viejo luchador, que hay en mí, no tenga, por momentos, impulsos de resistencia cuando se imagina su obra atacada. Pero, en verdad, ante el próximo siglo que se levanta tengo más curiosidad que rebelión, más ardiente simpatía que inquietud personal; y que perezca yo, y que toda mi generación perezca conmigo, si realmente servimos para cegar el foso, para ayudar á los que nos siguen á marchar hacia la luz!

Señores!, oigo decir generalmente que el positivismo agoniza, que el naturalismo está muerto, que la ciencia está á pique de fracasar desde el punto de vista de la paz moral y de la felicidad humana que ella había prometido. Comprenderéis bien que no pretendo resolver aquí los graves problemas que estas cuestiones suscitan. Yo no soy sino un ignorante, no tengo ninguna autoridad para hablar en nombre de la ciencia y de la filosofía; soy, si lo permitís, un simple novelista, un escritor que ha adivinado un poco á veces, y cuya competencia no viene sino de haber mirado mucho y trabajado mucho; y es á título de testigo, solamente, como me atrevo á deciros lo que ha sido, lo que al menos, ha querido ser mi generación, los hombres que tienen hoy cincuenta años y de los que vuestra generación hará muy pronto *vuestros antepasados*.

Llamó mucho mi atención, días pasados, en la apertura del Salón del Campo de Marte el aspecto

particular de las salas. Se ha pretendido que son siempre los mismos cuadros. Es un error; la evolución es lenta; pero qué estupor si se pudiesen evocar los *salones* de otro tiempo! Por mi parte me acuerdo bien de las últimas Exposiciones académicas y románticas hacia 1863: el aire libre no había triunfado; la nota general era una nota de *bitumen* un *engrasamiento* de telas, los tonos *cocidos*, las medias tñiebles del taller. Luego, quince años más tarde, después de la influencia discutida y ya victoriosa de Manet, me acuerdo de las exposiciones nuevas donde brillaba la nota clara del pleno sol; era como una invasión de la luz, una preocupación de lo verdadero que hacía de cada cuadro una ventana anchamente abierta sobre la naturaleza bañada de claridad. Y ayer, después de quince años más, he podido verificar, entre la limpidez fresca de las obras, que una especie de niebla mística se levantaba; existe allí todavía la preocupación de la pintura clara, pero la realidad se deforma, las figuras se alargan, la necesidad del carácter y de lo nuevo llevan al artista *al más allá* del ensueño.

Si he querido fijar estas tres etapas de la pintura contemporánea, es que ellas me parecen resumir el movimiento de nuestras ideas con una expresiva imagen. En efecto, mi generación, surgida después de ilustres mayores, de quienes no hemos sido sino continuadores, se ha esforzado en abrir ampliamente las ventanas sobre la naturaleza, ha querido verlo todo, decirlo todo. En nuestra generación, aun entre los más inconscientes, remataba el largo esfuerzo de la filosofía positiva, de las ciencias de análisis y de experiencia. No hemos jurado sino por la ciencia que nos envolvía por completo, hemos vivido de ella, respirando el aire de

la época. En este momento puedo hasta confesar que, *personalmente yo he sido un sectario, que he ensayado transportar al Dominio de la literatura el rígido método del sabio*. Pero, ¿quién en la lucha no va más lejos de lo necesario, y quién se limita á vencer sin comprometer su victoria? Por otra parte, yo no deploro nada; continuo creyendo en la pasión que quiere y que obra. Además, ¿qué entusiasmo y qué esperanza eran los nuestros! Saberlo todo, poderlo todo, conquistarlo todo! Rehacer, por la verdad, una humanidad más alta y más feliz!

Y es aquí, señores, que vosotros, la juventud, entráis en escena. Llamó juventud lo que es vago, lejano y profundo como el mar; pues, ¿dónde está la juventud? ¿qué será ella realmente? ¿quién tiene la misión de hablar en su nombre? Es necesario que me atenga á las ideas que se le atribuyen, y si estas ideas no son las de muchos de entre vosotros, de antemano les pido perdón, los remito á aquellos que nos habrán engañado con informes dudosos, más conformes, sin duda, á sus deseos que á la realidad de las cosas.

Así, señores, se nos afirma que vuestra generación rompe con la nuestra. Que no ponéis ya vuestra esperanza toda en la Ciencia, que habéis reconocido que fabricándolo todo sobre ella hay tal peligro social y moral, que habéis resuelto arrojaros en el pasado, para volver á hacer con los restos de las creencias muertas, una creencia viva. Es cierto que no se trata de un divorcio completo con la ciencia, se sobrentiende que aceptáis las nuevas conquistas y que estáis decididos á ensancharlas. Se quiere que tengáis en cuenta las verdades probadas, y hasta se trata de acomodarlas á los antiguos dogmas. Pero, en el fondo, la ciencia

está separada de la fe; se la rechaza á su antiguo rango, al estado de un simple ejercicio de la inteligencia, de una investigación permitida, en tanto que no toque á lo sobrenatural del más allá. Se dice que el experimento está hecho; que la ciencia es incapaz de repoblar el cielo que ella ha dejado vacío; que no puede devolver á las almas á quienes ha arrebatado la paz inocente, su anterior felicidad: ha concluído el tiempo de su triunfo mentiroso; es necesario que ella sea modesta, pues que no puede saberlo todo de un golpe, enriquecerlo todo y curarlo todo. Y si no se atreven todavía á decirlo á la juventud inteligente que arroje sus libros y abandone á sus maestros, hay ya santos y profetas que andan por el mundo exaltando la virtud de la ignorancia, la serenidad de los simples, la necesidad para la humanidad demasiado instruída y envejecida, de ir á confortarse al fondo de la aldea prehistórica, entre los abuelos apenas desarraigados de la tierra antes de toda sociedad y todo saber. No niego esta crisis que atravesamos, este cansancio y esta rebeldía, á las postrimerias de este siglo, de un trabajo tan febril y tan colosal, cuya ambición ha sido querer conocerlo todo y decirlo todo. Se ha creído que la ciencia que acababa de arruinar al mundo viejo, debía reconstruirlo prontamente sobre el modelo que nos habíamos formado de justicia y felicidad. Se ha esperado veinte años, cincuenta años y hasta cien años; y después, cuando se ha visto que la justicia no reinaba, que la felicidad no había venido, muchos han cedido á una impaciencia creciente, desolándose, negando que se pueda llegar, por los conocimientos, á la ciudad feliz. Es un efecto muy conocido, que no hay acción sin reacción, y asistimos á la

inevitable fatiga de los largos viajes: se sienta unido á la vera del camino, se desespera de llegar jamás contemplando la interminable llanura y otro siglo más que se desenvuelve; se concluye, en fin, por dudar del camino recorrido, por echar de menos el no haberse acostado en el campo, para dormir allí por una eternidad bajo las estrellas. ¿Para qué caminar, si el fin debe alejarse siempre? ¿Para qué saber, si no debe saberse todo? Lo mismo vale conservar la simplicidad pura, la felicidad ignorante del niño. Y así, la ciencia, que había prometido la ventura, concluiría, ante nuestros ojos en una bancarrota.

¿La ciencia ha prometido acaso la felicidad? Yo no lo creo. Ella ha prometido la verdad; y la cuestión es saber si jamás se podrá hacer la dicha con la verdad. Para contentarse con ella algún día, será necesario mucho estoicismo, la abnegación absoluta del *yo*, una serenidad de inteligencia satisfecha, que parece no poder encontrarse sino en un ser privilegiado. Pero, entre tanto, ¡qué grito desesperado sube á lo alto, del seno de la humanidad doliente! ¿Cómo vivir sin mentira y sin ilusión? Si no hay en alguna parte otro mundo donde reine la justicia, donde los malos sean castigados y los buenos recompensados, ¿cómo vivir sin rebeldía esta abominable vida humana? La naturaleza es injusta y cruel, la ciencia parece concluir en la ley monstruosa del más fuerte; en consecuencia toda moral se derrumba, toda sociedad va al despotismo. Y en la reacción que se produce, en este cansancio de demasiada ciencia que he señalado, hay también este reculamiento ante la verdad, mal explicada todavía, de una feroz apariencia á nuestros débiles ojos incapaces de penetrar y abrazar to-

das sus leyes.—No, no, ¡qué se nos vuelva al dulce sueño de la ignorancia!—La realidad es una escuela de perversión, es necesario matarla y negarla, pues ella no podría ser sino la fealdad y el crimen. Y se salta á la fantasía, no hay otro refugio; escapar de la tierra, poner su confianza en el más allá, esperar, en fin, que allá se encontrará la dicha, la satisfacción de nuestra necesidad de fraternidad y de justicia.

Este es hoy el reclamo desesperado de felicidad que por todas partes oímos. En cuanto á mí, me enternece infinitamente. Y notad que sube de todos los lados, como una voz lamentable en medio de la resonancia de la ciencia en marcha, que no detiene ni sus trenes, ni sus máquinas. ¡Basta de verdades, dadnos la quimera! No tendremos reposo sino soñando en lo que no existe, en perdernos en lo desconocido; allí solamente se abren las flores místicas cuyo perfume adornecerá nuestros sufrimientos.

Ya la música ha respondido, la literatura se esfuerza por satisfacer la sed nueva, la pintura lo ha puesto á la moda. Yo os hablaba de la Exposición del Campo de Marte; veréis florecer allí toda esa flora de nuestras antiguas vitrinas, las vírgenes pilongas y maceradas, las apariciones en las sombras crepusculares, los personajes rígidos y con gestos ademantados de los tiempos primitivos. Es la reacción contra el naturalismo, que ha muerto y está enterrado, según lo aseguran. En todo caso, el movimiento es innegable, pues ha ganado todas las manifestaciones del espíritu, y es necesario tener esto en cuenta, para estudiarlo y explicarlo, si no se quiere desesperar del mañana. Para mí, señores, que soy un viejo positivista endurcido, no veo en todo esto sino

una parada fatal en la marcha hacia adelante. Todavía no hay parada visible, pues que nuestras bibliotecas, nuestros laboratorios, nuestros anfiteatros, nuestras escuelas no ha sido desertadas. Lo que me tranquiliza también es que el suelo social no ha cambiado, que permanece siendo el suelo democrático donde ha brotado el siglo. Para que un arte nuevo floreciese, para que un arte nuevo cambiase la dirección de la humanidad, necesitaría esa creencia un nuevo suelo que le permitiese germinar y crecer, pues no hay sociedad nueva sin un terreno nuevo. La fe no resucita, no se puede hacer sino mitologías con las religiones muertas; así el próximo siglo no será sino la afirmación del nuestro, en este empuje democrático y científico que nos ha arrastrado y que continúa. Lo único que yo puedo conceder es, que en literatura habíamos cerrado demasiado el horizonte. Personalmente, me he arrepentido ya de haber sido un sectario, queriendo que el arte se atuviese á las verdades probadas. Los reciénvenidos han vuelto á abrir el horizonte, reconquistando lo desconocido, el misterio; y han hecho bien. Entre las verdades adquiridas por la ciencia, que desde luego, son inquebrantables, y las verdades que ella arrebatará mañana á lo desconocido para fijarlas á su vez, hay justamente una margen indecisa, el terreno de la duda y de la investigación, que me parece pertenecer tanto á la literatura como á la ciencia. Es allá que nosotros podemos ir como exploradores, haciendo nuestro trabajo de precursores, interpretando según nuestro genio la acción de las fuerzas ignoradas. El ideal; ¿qué otra cosa es, que lo inexplicado, estas fuerzas del vasto mundo en las cuales nos bañamos sin conocerlas? Y si nos es permitido

inventar soluciones explicando lo desconocido, ¿osaríamos volver á poner en discusión las leyes descubiertas, para imaginar otras y negarlas después? A medida que la ciencia avanza, el ideal retrocede ciertamente, y me parece que el único sentido de la vida, el único goce que se debe poner en vivirla, está en esa conquista lenta, aunque se tenga la melancólica certidumbre de que jamás se alcanzará á saberlo todo.

En el momento de confusión que atravesamos, señores, en nuestra época que marcha tan saciada y á tientas, se han levantado pastores de almas que se inquietan y que ardientemente proponen una fe á la juventud. El ofrecimiento es generoso, pero la desgracia es que, según el profeta, esta fe cambia y se altera: las hay de varias especies; ninguna me parece ni bien clara, ni bien precisada; ¿se os pide que creáis, sin decirnos netamente en qué cosa. Quizá no puede decirse, quizá no se atrevan á ello; creeréis, sólo para tener la dicha de creer; creeréis, sobre todo, para aprender á creer. El consejo no es malo en sí: ciertamente es una felicidad reposar en la certidumbre de una fe, no importa cuál; y lo peor es que uno no es dueño de la gracia y que ella sopla hacia donde le place.

Voy á concluir proponiéndooos á mi vez una fe; suplicándoos tener la fe del Trabajo. ¡Trabajad, jóvenes! Sé todo lo que tiene de banal este consejo; no hay examen escolar donde no aparezca acogido por la indiferencia de los alumnos. Pero, os suplico reflexionar sobre ello; y me permito, yo que no he sido sino un trabajador, decirnos todo el beneficio que he sacado de la larga tarea que ha llenado mi vida entera. He tenido duros comienzos, he conocido la miseria y la desesperación: más tarde he vi-

vido en la lucha, vivo todavía en ella, discutido, negado, colmado de ultrajes. Y bien; yo no he tenido sino una fe, una fuerza... el trabajo. Lo que me ha sostenido es la inmensa labor que me había impuesto. Delante de mí he tenido siempre el fin, allá, á lo lejos hacia donde marchaba; y eso bastaba para volver á ponerme de pie, á darme el valor de marchar, á pesar de todo, aunque la vida de privaciones me tuviese abatido. El trabajo de que os hablo, es el trabajo arreglado, la tarea cuotidiana, el deber que uno se impone de avanzar un paso cada día en su obra. ¡Cuántas veces en la mañana, me he sentado á mi mesa con la cabeza perdida, la boca amarga, torturado por un gran dolor físico ó moral! Y, cada vez, á pesar de las protestas de mis sufrimientos, después de los primeros minutos de agonía, mi tarea ha sido un alivio y un confortante para mi espíritu. Siempre he salido consolado de mi trabajo cuotidiano, roto el corazón quizá; pero de pie siempre y pudiendo vivir hasta el día siguiente.

El trabajo! Pensad, señores, que él es la única ley del mundo, el regulador que lleva la materia organizada á su fin desconocido. La vida no tiene otro sentido, otra razón de ser; cada uno de nosotros no aparece sino para dar nuestra suma de labor y desaparecer. No se puede definir la vida de otro modo que por este movimiento comunicado que ella recibe y que ella lega; y que en suma no es sino trabajo para la gran obra final en lo profundo de las edades. Y entonces, ¿por qué no seríamos modestos, por qué no aceptaríamos la tarea individual que cada uno de nosotros viene á llenar, sin rebelarnos, sin ceder al orgullo del *yo*, que se hace centro y no quiere entrar en las filas?

Desde que uno acepta esta tarea

y la lleva á cabo, me parece que la calma debe producirse en los más torturados. Sé que hay espíritus á quienes el infinito atormenta, que sufren con el misterio, y es á esos á quienes me dirijo fraternalmente aconsejándoles que ocupen su existencia con alguna labor enorme, en la que sería conveniente no calculasen el resultado. Esta es la balanza que le permitirá marchar derechamente; esta será la distracción de todas las horas, el grano arrojado á la inteligencia, para que ella lo triture y haga con él el pan cuotidiano, en la satisfacción del deber cumplido. Sin duda, eso no resuelve ningún problema metafísico; no hay allí sino un medio empírico de vivir la vida de una manera honrada y casi tranquila; pero ¿acaso no es nada adquirir una buena salud moral y física, y escapar al peligro de los ensueños, resolviendo por el trabajo la cuestión de la mayor felicidad posible en este mundo? Siempre he desconfiado de la quimera, lo confieso. Nada es menos sano para el hombre y para los pueblos que la ilusión: ella suprime el esfuerzo, ella ciega, ella es la vanidad de los débiles. Permanecer en la leyenda, engañarse sobre todas las realidades, creer que basta soñar la fuerza para ser fuerte, ya hemos visto á dónde lleva, á tremendos desastres. Se dice á los pueblos que miren á lo alto, que crean en un poder superior, que se exalten en el ideal: No, no! Ese es un lenguaje, que á veces me parece impío. El único pueblo fuerte es el pueblo que trabaja; y sólo el trabajo da el valor y la fe. Para vencer es necesario que los arsenales estén llenos, que se tenga el armamento más sólido y más perfeccionado, que el ejército sea instruído, confiado en sus jefes y en sí mismo. Todo esto se adquiere; no es necesario sino el valor y el méto-

do: el próximo siglo, el porvenir ilimitado pertenece al trabajo; es necesario que estemos bien convencidos de ello. ¿Y no se ve ya, en el socialismo que sube, bosquejarse la ley social de mañana, esta ley del trabajo para todos, del trabajo libertador y pacificador? ¡Juventud, oh juventud!, poned manos á la obra! Que cada uno de vosotros acepte su tarea, una tarea que debe llenar la vida: esa tarea puede ser humilde; pero no por eso será menos útil. No importa cuál sea ella, con tal que ella exista y os mantenga de pie! Cuando la hayáis metodizado, sin sobrecargo de trabajo, sino simplemente en la proporción que os sea permitido emplear cada día, ese trabajo os hará vivir con salud y alegría y os librerá del tormento del infinito. Cuán grande y sana será esa sociedad; una sociedad en que cada miembro aportará su parte lógica de trabajo! Un hombre que trabaja es siempre bueno. Así, yo estoy convencido de que la única fe que puede salvarnos, es creer en la eficacia del esfuerzo cumplido. Ciertamente, es hermoso pensar en lo eterno; pero basta al hombre honrado, haber vivido llenando su faena.

EMILIO ZOLA.

## LA EVOLUCION DE LA JUVENTUD

ENTRE LOS ESTUDIANTES.

CARTA DE UN ESTUDIANTE A M. EMILIO ZOLA.

Os reconozco señor, como el primero de los tratajadores y yo soy el último de los perezosos. Ambos estamos hechos para entendernos; ¿queréis que hablemos un poco de la juventud? Yo no era de los de la comida Charpentier; pero, lo que quizá vale más, asistí, la otra no-

che, al banquete de la Asociación de los Estudiantes. Con mis camaradas, tuve á veces el placer de aplaudiros mucho, y á veces también la pena de no interrumpiros bastante.

Como hoy es domingo, día en que no trabajáis sino ocho horas, querría esta tarde obligaros á una conversación de algunos minutos para presentaros la causa de nuestros entusiasmos y la razón de nuestros silencios.

El asombro, como lo sabéis, señor, es el primer grado de la admiración; así, pues, vuestro discurso, no os lo ocultaré, nos ha llenado de asombro. Es por esta razón que estuvimos á punto de llevaros en triunfo, sorprendidos y arrebatados desde el primer momento por la forma elegante y culta de vuestra elocuencia; y aun más que por la nobleza de alguna de vuestras ideas, por el acento, ó acceso de modestia, por la cual habéis sabido tan excelentemente traducirlas. Nos habéis hecho la confesión de vuestros errores pasados con la voz dulce y la ingenuidad untuosa de una virgen penitente. ¿Cómo querríais que la juventud no aplaudiese tanto candor? La Academia misma os hubiera dado la absolución.

Por lo que hace al fondo de vuestro discurso, he creído distinguir en él tres partes: la una en que hacíais ¡con cuántas reservas! el elogio del naturalismo: la otra, donde os dignábais consignar la venida de una nueva escuela que llamáis *neomística*; la tercera en que os esforzáis por encontrar entre los dos campos opuestos un tema de conciliación, una creencia común;— la fe en el trabajo. Del primer punto de vuestro sermón, confieso, Padre, que sólo he podido apreciar, un poco, el introito: en cuanto á la obra en sí mismo, ella es demasiado colosal, está demasiado vecina

á nosotros para poder juzgarla con certeza. Y luego... ¿cómo lo diré? Me parece que hay en ella un contrasentido en la definición. A los ojos de la dócil burguesía que os ha hecho millonario, después de haberos *colmado de ultrajes*, esto parecerá sin duda una heregía; pero acá, entre nos, francamente, ¿no creéis que ese gran nombre de *naturalista*, no os sienta bien? Vos habéis hecho buenas jugarretas á la Naturaleza, señor; entre otras la de haber dejado creer que sois su pintor oficial y fiel. Habéis entrado en la lucha literaria con la idea preconcebida de que la vida no era sino un asunto de horror y de tristeza. Os habéis encerrado en vuestro gabinete de trabajo y os habéis impuesto la tarea de describirnos los monstruos que creaba vuestra imaginación. No niego que en ciertos días hayáis mirado por la ventana, pero era cuando hacía un tiempo de lodo y de lluvia: y así, habéis podido creer, vos el primero, que vuestro Arte era el verdadero. Una vez, sólo una vez os habéis arriesgado á echaros afuera y habéis caminado bajo el claro sol, entre las flores, en el maravilloso "Paradoux" del Abate Mouret; pero en aquella vez... ah! aquella vez, señor, el autor de los Cuentos á Ninon estuvo en peligro de extraviarse con Albina. Un poco más y os convertíais en poeta, es decir, en positivista malogrado, en naturalista enamorado del ideal. Después habéis jurado firmemente que más nunca cometeríais infidelidades á *la otra Naturaleza*, la de los días de lluvia, á la de la *gacetilla*, á la de los crímenes que los *reporters* os brindan á bajo precio y que pretendéis explicar por las leyes de la evolución científica. Y hé aquí, señor, cómo acontece que seáis hoy el más instruído de los *reporters*.

Así, después de haber cerrado

la verja del "Paradoux" os habéis guardado las llaves en el bolsillo. Pero he aquí que una banda de atrevidos camaradas abre una brecha en el muro y se lanza en el "jardín del Ensueño, dónde se abren las flores místicas cuyo perfume adormecerá nuestros sufrimientos." ¿De quién es esta frase consoladora? De vos mismo, señor, en la segunda parte de vuestro discurso á los estudiantes. Me diréis que hablábais así por ironía. Mucho temo que no sea más bien por arrepentimiento; porque los dioses que os han dado todas las grandes virtudes y el espíritu de geometría, por una injusta malignidad os han rehusado el don de la finura, y la gracia de la sonrisa. Esto es tan verdad, que, más adelante, no podéis prescindir de volver á tomar vuestro estilo vigoroso y gritar á los reciénvenidos:—"Habéis abierto el horizonte que mi violencia de sectario os había cerrado. Habéis hecho bien!" Enhorabuena, señor; eso no trasciende á viejo moroso, á pontífice desencantado: aplaudo con todas mis fuerzas, pues volvéis á ser el Zola de los buenos tiempos, el de las hermosas mañanas de batalla donde se encuentran juntamente honor y placer en señalar los golpes dados y los botonazos recibidos. Sí, señor; los reciénvenidos son vuestros adversarios, pero no son vuestros enemigos, pues pertenecen a la misma raza que vos, y van por caminos contrarios al mismo fin que atrae, de grado ó por fuerza, conscientes ó inconscientes, á todos los artistas, á todos los doctos, á todos los pensadores:—hacia la realización del ideal.

Se os antoja llamar á esos jóvenes neo-místicos. Enhorabuena; pero cuidado con la falsificación de las palabras. No renovéis á los ojos del vulgo, á propósito del misticismo, el error que habéis

creado con motivo del naturalismo. En nuestros días se presenta sin dificultad al neo-místico bajo las especies de un neo-católico, de un monje de la Edad Media ó de un mago charlatanesco. Por instinto se aparta uno del primero, se desconfía del segundo, se burla uno del tercero; y á menudo hay razón para ello, pues á fines de este siglo diecinueve, científico y democrático, como lo llamáis muy justamente, no se puede hacer con los cultos muertos sino pálidas mitologías. Pero el verdadero misticismo, señor, no es una religión muerta: él tiene por principios eternos la Vida y el Amor; él es la investigación activa y apasionada del Misterio que nos rodea por todas partes y al mundo con nosotros. Muy lejos de encontrarse en antagonismo con la ciencia, él la crea y la completa; él es la ciencia del corazón, ó si os place más, la intuición, que es la única que descubre las hipótesis, bases de toda ciencia. La química, vos lo sabéis, señor, nació de la alquimia, así como el naturalismo, ha nacido del romanticismo. Tened por seguro que de esa *niebla mística*, de que habláis con loable inquietud, saldrá muy pronto una encarnación nueva del Ideal, entre el Esplendor, la Harmonía y la Alegría. Porque los místicos no son, señor, necesariamente morosos. Francisque Sarcy, nuestro tío común, os dirá que en el último concierto de los estudiantes nadie aplaudió más calurosamente las canciones de Eugenie Buffet y las novelas de Mlle. Reinchenberg que los pretendidos neo-místicos! Ellos saben, en efecto, que los Padres de la Iglesia condenan la tristeza como un octavo pecado capital, como una falta de equilibrio, la señal cierta de un mal físico, moral ó metafísico. Pero estas son frases elevadas y vos no amáis los problemas

de más allá, que ellas envuelven. En consecuencia llamad la nueva escuela con el nombre que os plazca; místicos, soñadores, idealistas, poco importa! Lo principal es establecer netamente que lo que distingue á los reciénvenidos, es que ellos creen en el Ideal, en la realización *misteriosa* de lo Bueno y de lo Bello.

Esta creencia, esta fe, vos queréis que se aplique al trabajo cotidianamente reglamentado; y sobre este artículo del símbolo positivista queréis establecer la conciliación universal. ¡Dios mío! os confieso, señor, que aunque muy perezoso por temperamento, creo que el trabajo puede tener sus consuelos y sus encantos; pero yo creo también que en la vida humana hay otras virtudes además del trabajo mecánico demasiado vulgar y demasiado uniformemente sufrido, permitidme deciroslo, como si se tratase de bestias de carga. Sin duda que es hermoso unirse desde el alba en la tarea de abrir un surco por hora, hasta que llegada la tarde se reclina uno á dormir, en el mismo campo, bajo la bóveda estrellada. Pero esta es una labor de buey, ni más, ni menos; y el buey, una vez acostado y hartado, digiere satisfecho, notadlo bien; y no piensa absolutamente en levantar sus pesados ojos hacia las estrellas del cielo. Estas son para él como si no existiesen, mientras que nosotros creemos que ellas existen y que merecen atraer nuestra contemplación, nuestras plegarias, nuestras inquietudes y nuestros ensueños. Y además, fuera del trabajo y de la fe que él comporta, hay el amor, la locura generosa, el sacrificio y la recreación, de que no parecéis cuidaros, y que, según Schiller es el principio mismo del Arte. Vos no os recreáis bastante, señor, y este es vuestro defecto capital. Concebís el ge-

nio á la manera de Buffon, como una triste y larga paciencia; nosotros preferimos comprenderlos á la manera de los poetas, de La Fontaine ó de Musset; y lo extraño es que también en este punto de Naturaleza, vuestra Naturaleza, se halla de nuestra parte y no de la vuestra.

Tales son, señor, las humildes reflexiones que me han venido al espíritu, lo otra noche durante vuestro discurso. Os he aplaudido á menudo con todo mi corazón; pero cuando habéis acabado de hablar, cuando casi todos los estudiantes os han seguido á la sala del café para rodearos y felicitaros, dispensadme si yo no he imitado el ejemplo de mis entusiastas compañeros. Encontrábase en un rincón de la sala en que me hallaba, un hombre que el año último había presidido nuestro banquete: Puvis de Chavannes. Estaba casi solo: tres ó cuatro nos hemos acercado á él; y hemos hablado del Ideal. Y bien, entre tanto que el gran artista conversaba, una imagen me perseguía: yo creía ver desarrollarse ante mis ojos el magnífico fresco de la Sorbona y animarse la Mujer vestida de negro que sostiene una cabeza de muerto y que representa la Filosofía materialista. Esta mujer hablaba y repetía exactamente los términos de vuestro discurso, con vuestra voz y vuestras entonaciones. Por un instante me asaltó el temor y la duda; pero reflexioné pronto que esta mujer no componía ella sola todo el fresco de Puvis de Chavannes; que ella estaba muy apartada de la Fuente de la Poesía, que había en el bosque sagrado otras Musas, menos tristes, para guardar preciosamente el culto del Ideal consolador. . . . Oh! ese discurso en la boca de la Musa negra, no lo olvidaré jamás. Era al mismo tiem-

po la apología y la oración fúnebre del Naturalismo.

CHARLES COQUIBA.

Paris. 1894.

### Rafael Núñez.

*Que sais-je?*

El pensador llegó á la barca negra;  
Y le vieron hundirse  
En las brumas del lago del Misterio,  
Los ojos de los cisnes.

Su manto de Poeta  
Reconocieron los ilustres lises  
Y el laurel y la espina entremezclados  
Sobre la frente triste.

A lo lejos alzábanse los muros  
De la ciudad Teológica, en que vive  
La sempiterna Paz. La negra barca  
Llegó á la ansiada costa; y el sublime  
Espíritu gozó la suma gracia;  
Y ¡Oh Montaigne! Núñez vió la cruz erguirse,  
Y halló al pie de la sacra Vencedora  
El helado cadáver de la Esfinge.

RUBÉN DARÍO.

### "JOSÉ ESTREMEIRA.

Pocos serán entre nuestros lectores los que no conozcan al distinguido y chispeante literato cuyo nombre figura al frente, y que falleció en España á fines de enero del corriente año. Obrero incansable de la inteligencia, se conquistó con sus escritos una modesta posición al par que extendió por doquiera su reputación literaria, rebosando sus escritos ese gracejo y sal que tanto caracteriza á la escuela de Jackson Veyan y de Vital Aza.

Dedicó los albores de su ingenio al periódico titulado "La Voz Montañeza", el más importante de cuan-

tos se publican en la provincia de Santander.

Durante años fue este autor uno de los que alcanzaron más éxitos en los teatros de Madrid, ya cultivando la zarzuela *grande*, que le debe libros tan aplaudidos como "El Hermano Baltazar" y "San Franco de Sena" á los que pusieron música los maestros Caballero y Arrieta, respectivamente; ya producciones más ligeras, del género cómico-literario; ya, en fin, la comedia, el juguete cómico y el sainete.

Entre sus mejores obras figuran *Las hijas del Zebedeo*, *Música clásica* y *La Czarina*, con música de Chapí; *La cáscara amarga*, *El ventanillo*; *Noticia fresca*, *Perros y gatos*, *La cuerda floja* y algunas más que no recordamos en estos instantes.

Poseía Estremera gran conocimiento de los recursos teatrales, dialogaba con mucho ingenio y versificaba fácil y gallardamente.

Como persona distinguida y afable, gozaba entre sus amigos y compañeros, de grandes simpatías. Bien se puede asegurar, pues, que su pérdida ha de ser muy sentida.

Tenía verdadera afición á la música, y era uno de los admiradores más sinceros y entusiastas del maestro Chapí.

De sentirse es que la literatura castellana vaya perdiendo sus más valiosos y verdaderos elementos, hoy que han dado en invadir su campo gentes completamente ineptas y que si empeñan la pluma es para desahogo de ridículas y necias vanidades."

---

## MISCELANEA.

---

"LA JUVENTUD SALVADOREÑA" acompaña á su ilustre colaborador el señor Presbítero doctor D. Juan Bértis, en su profundo pesar por

el fallecimiento de su digno hermano el **Dr. D. Manuel Bértis**, llamado por Dios á la eterna residencia de los justos el día 23 de los corrientes. En sus buenos tiempos de salud el doctor Bértis demostró ser, en el ejercicio de su profesión, uno de los médicos más ilustrados y más caritativos de la República. Ocupó importantes puestos públicos, como el Rectorado de nuestra Universidad y otros no menos honrosos. Querido universalmente en vida, su muerte ha sido unánimemente deplorada.

—

HUIDA DE UN ANGEL.—Presentamos, igualmente, al ilustrado amigo doctor don José B. Navarro, la expresión de nuestra condolencia por la eterna desaparición de su virtuosa, inteligente é inolvidable hermana **Clotilde**, que, en la noche del 28 del mes actual, cerró los ojos á esta vida pasajera para abrirlos á la vida inmortal y venturosa de los ángeles.

—

AGRADECEMOS á nuestro nuevo colaborador el insigne doctor Barberena, su ameno artículo de costumbres denominado *Diálogos estudiantiles*, y publicado con sumo placer nuestro en el presente número. Para en los sucesivos, prometèmonos más colaboraciones de tan simpático escritor.

—

A TODOS los Socios Corresponsales de "La Juventud Salvadoreña", nos permitimos recordarles la estricta é ineludible obligación en que están de colaborar mensualmente en las columnas de esta Revista; de conformidad con los artículos 4º y 44 de los Estatutos de nuestra Sociedad.